

## Cientifismo Marxista

### 1. *El Marxismo se autocalifica de «científico»*

Los grandes padres del Marxismo siempre han abrigado la pretensión de identificar su propia ideología con *la* ciencia. No se resignan a reconocer que su ideología es una más entre las muchas que se dieron en la historia de la Humanidad. Su ideología es, para ellos y sus fieles creyentes, algo más estable, algo más objetivo, que una simple ideología. Para ellos es ciencia. Pero ni siquiera se conforman con identificarla con una de las muchas ramas que hoy tiene la ciencia; con la Sociología, por ejemplo. Su ideología es mucho más; es *la* ciencia reina, fundamento y modelo de toda otra ciencia.

Ideología marxista y ciencia se identifican hasta tal punto que, según ellos, no se da ciencia verdadera que no sea materialista marxista, ni verdadero materialismo marxista que no sea científico. Son muchos los textos de los padres del Marxismo en que esta identificación se puede comprobar. Sólo recogeré algunos para no caer pesado al lector, pero citaré otros muchos por si alguien tiene interés en llegar a una verificación más amplia.

Tanto Marx como Engels han librado una dura lucha contra todo movimiento socialista que no se inspirase en sus propias teorías. Hasta tal punto fue así que consideraron todo otro socialismo como «utópico» y sólo el suyo como verdaderamente «científico». Producto de esta actitud han sido varios escritos de ambos. Entre ellos destacan la *Crítica del Programa de Gotha* (MEW, Bd. 19, 1969, pp. 11-32), el *Anti-Dühring* (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 5-306), *Del socialismo utópico al socialismo científico* (MEW, Bd. 19, 1969, pp. 178-228).

Marx considera a los autores del Programa de Gotha como promoto-

res de un socialismo erróneo, desviado, herético y, en el mejor de los casos, utópico. Frente a él se propone un socialismo «científico». Por eso escribe: «Después de la muerte de Lassalle, se había abierto paso en nuestro Partido la *concepción científica* de que el salario no es lo que parece ser; es decir, el valor —o el precio— del trabajo, sino sólo una forma disfrazada del valor —o del precio— de la fuerza del trabajo». (NEW Bd. 19, 1969, p. 25).

Y dentro de su crítica a la teoría del Estado en este programa añade: «Cabe, entonces, preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse *científicamente...*» (MEW, Bd. 19, 1969, p. 28).

La respuesta científica de Marx no será otra que la de sus profecías sobre la futura sociedad comunista, tema que desarrollo en otro trabajo. Para Marx, «todo el programa está infectado hasta el tuétano de la fe servil lassalleana en el Estado; o —lo que no es mucho mejor— de la superstición democrática» (MEW, Bd. 19, 1969, p. 31).

El comunismo de Liebknecht, Lassalle, Weitling, etc., era, para Marx, un comunismo tosco, artesano, utópico, no proletario y, por eso mismo, no científico, al que él quería oponer un comunismo proletario y, por eso mismo, científico. (Lefebvre, 1966, trad. 1976, pp. 122-124).

Sobre estos mismos socialistas utópicos, incluyendo también a Dühring, dice Engels: «Para convertir el socialismo en una ciencia era indispensable, ante todo, situarlo en el terreno de la realidad» (MEW, Bd. 19, 1969, p. 201).

Y eso, evidentemente, sólo Marx y él podían hacerlo. Para Marx, lo «científico» y lo «proletario» están íntimamente unidos, hasta tal punto de darse entre ambos cierta identidad. La «ciencia burguesa» degenera necesariamente en apologética o ciencia al servicio de la clase dominante (MEW, Bd. 23, 1971, p. 21). Sólo la clase obrera, sólo el Proletariado, es capaz de desarrollar una ciencia desinteresada; es decir, la verdadera ciencia. Esta ciencia verdadera se identifica a su vez con la teoría marxista de la sociedad y de la historia. (Lefebvre, 1966, trad. 1976, pp. 52-53).

La nueva y única verdadera ciencia que nace del movimiento proletario, bajo la dirección de los teóricos del Proletariado, ya no es una ciencia doctrinaria, sino una ciencia revolucionaria (MEW, Bd. 4, 1971, p. 143). Es una ciencia que no sólo trata de comprender la realidad, sino también, y sobre todo, de transformarla. Así lo indica Marx en la tesis II sobre Feuerbach (MEW, Bd. 3, 1969, p. 535).

Pero aquí Marx, como luego Engels y Lenin, cae en la misma tentación de querer apropiarse la ciencia para sus propios intereses ideológicos. Por eso, si Marx sostiene que se dio una apropiación capitalista de la ciencia (MEW, Bd. 23, 1971, pp. 382, 407, 632, 790), cuando identifica el método científico con su visión del método dialéctico (MEW, Bd. 23,

1971, p. 27) y la ciencia con su ideología revolucionaria, uno no puede menos de pensar en aplicarle, en lo que a apropiación ideologizante de la ciencia se refiere, el *de te fabula narratur* (de tí se trata en esa fábula) (MEW, Bd. 23, 1971, p. 12).

Como se puede ver en estos textos de Marx, ya se va dejando ver algo del aparentemente original concepto de ciencia que defiende el Marxismo. Se podría resumir en esta ecuación: Ciencia = la toma de conciencia revolucionaria que el Proletariado va teniendo de su situación y de sus posibilidades, lo que equivale a la teoría revolucionaria marxista de la sociedad y de la historia.

Digo que este concepto es aparentemente original porque en él se repite una actitud ya muy vieja en la historia de la Filosofía y de la ciencia en general: se trata de esa tentación, en que incurren muchos pensadores, de identificar la ciencia, sin más, con su propia ideología.

Si para los filósofos medievales la Teología era la ciencia suprema, si para los filósofos y científicos de los siglos xvii y xviii la Física era esa ciencia suprema, modelo de todas las demás, ya para Comte, y luego para los marxistas, ese trono supremo de la ciencia es ocupado por la Sociología.

Pero, si tenemos en cuenta que existen muchas escuelas o maneras de hacer Sociología, hay que aclarar que, para el marxista, la ciencia suprema es la Sociología marxista, identificada con la ideología marxista, sin recortes de ninguna clase.

Y a esto es a lo que llamo «cientifismo marxista», a ese empeño en ideologizar dogmáticamente el único saber humano que posee algo más de objetividad y que puede ser más desinteresado: la ciencia. Aunque Marx ya dejó sentadas sus líneas fundamentales, será en Engels, y sobre todo en Lenin, donde alcanzará una situación casi delirante. En sus escritos se da una verdadera obsesión por calificar de «científico» al materialismo marxista. Algo así como si se tratase de un recurso de auto-defensa, de un querer cortar apriori toda crítica a su ideología, un prevenirse y prevenir contra todo posible ataque venido ya sea desde sus seguidores o desde el exterior; un querer evitar que se lancen contra ellos las críticas que ellos lanzan sin piedad contra otros.

Por eso, su ciencia no es ciencia, sino cientifismo. No buscan la ciencia como tal y por sí misma, sino como una máscara o caparazón protector de su ideología. Quieren para ella la solvencia del saber estrictamente científico. Pero, si en algún caso se diese un contrasentido entre ciencia e ideología marxista, ésta se ha de imponer siempre. Ella es el criterio de lo verdaderamente científico. Sólo lo acorde con ella es científico.

Es esta una actitud muy vieja en la historia humana. Ya en el Cristianismo medieval el progreso científico estaba estrechamente ligado, unas veces estimulado y en otras muchas limitado o coartado, a las creen-

cias religiosas. El caso Galileo y el de la Inquisición son dos ejemplos muy representativos de ese fenómeno. Algo muy similar sucede en los regímenes marxistas. Toda la ciencia se encuentra encorsetada por la ideología marxista.

Incluso una ciencia como la Geografía, que podría parecer no ideologizable, lo está. Es un elocuente ejemplo de ello el libro oficial de texto que está vigente en Cuba. Entre sus «objetivos generales» se señalan como fundamentales los dos siguientes: 1 «Reflejar en los objetivos y en las tareas que plantea la enseñanza de la Geografía los fundamentos filosóficos del Marxismo-Leninismo, para evitar deformaciones ideológicas. 2 Comprender que la formación de las representaciones y conceptos en la enseñanza geográfica dimana de los principios de la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, base del proceso de la enseñanza-aprendizaje en todo país socialista» (A. Arroyo, 1975, p. 3).

No es, por tanto, verdadera ciencia geográfica la que se enseñe al margen, y mucho menos en contra, del materialismo dialéctico marxista, es decir, fuera de la fe marxista.

Engels, en un lenguaje irónico y despectivo, lenguaje que parece convertido en norma entre los marxistas en sus relaciones con los no marxistas, acusa a Dühring de usar y abusar del concepto de ciencia, de grandonismo pseudocientífico, al pretender desarrollar una sistematización científica de la visión socialista del mundo y, sobre todo, por haber emprendido tal empresa sin contar con Marx y con él. Dice de Dühring: «Es bien sabido que nosotros, los alemanes, tenemos una terrible y poderosa capacidad de profundización... En cuanto uno de nosotros expone algo que considera como una doctrina nueva, lo primero que hace es elaborarla en forma de doctrina universal. Tiene que demostrar que tanto los primeros principios de la lógica como las leyes fundamentales del Universo no han existido, desde toda una eternidad, con otro designio que el de llegar, al fin, hasta esta teoría recién descubierta, que viene a coronar todo lo existente. En este aspecto, el Dr. Dühring estaba cortado totalmente por el patrón nacional» (MEW, Bd. 22, 1970, pp. 287s)

Y dice en otra ocasión: «El señor Dühring es uno de los tipos más característicos de esta pseudociencia presumida que en todas partes se pone en primer término hoy en Alemania» (MEW, Bd. 20, 1971, p. 6).

Para Engels, este cientifismo era una moda o una enfermedad del intelectual alemán de aquél tiempo. Sin embargo, él mismo se verá gravemente afectado por la enfermedad que quiso curar en otros.

El mismo empieza por mitificar la ciencia. Cree tan ciega y entusiásticamente en los entonces recientes avances científicos que, según él, éstos barrerán hasta el último recuerdo de un «creador sobrenatural» (MEW, Bd. 20, 1971, p. 13). Hasta se atreve a afirmar en su obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* que el hombre primitivo no tenía religión y que el hombre socialista tampoco la tendrá. (Morra, 1976, trad. 1979, p. 81).

Y da estas afirmaciones como plenamente científicas, cuando ninguna de las dos está basada en la observación ni racionalmente demostrada. Es más, tanto la Historia de las Religiones como la Antropología Cultural y sus ciencias afines confirman lo contrario respecto al hombre primitivo.

El que el hombre socialista tampoco tendrá religión es algo difícil de comprender, si el mismo Socialismo marxista se está revelando como una nueva religión.

Por otra parte, el mismo Engels atribuye, en otros textos, a la Materia ese poder creador que las religiones atribuyen a sus dioses. Pero, por lo visto, eso es más científico. Cree, además, que la ciencia ya es conocedora del «gran proceso fundamental, cuyo conocimiento agota el conocimiento fundamental de la Naturaleza» (MEW, Bd. 20, 1971, p. 20).

Ese proceso es, para él, el proceso dialéctico. La creencia en esa dialéctica es la quintaesencia de la ciencia marxista, que, al estar toda ella fundamentada en la dialéctica, no pasa de ser una nueva metafísica más o menos religiosa.

En otro texto, dentro de una apasionada crítica al agnosticismo del empirismo inglés respecto al «mundo exterior» y al agnosticismo kantiano respecto a la «cosa-en-sí» (MEW, Bd. 22, 1970, pp. 295-297), muestra una fe tan eufórica como poco científica en los poderes de la ciencia. Habla de «gigantes progresos de la ciencia». Esto no es nuevo. En todas las épocas en que se dió algún descubrimiento científico destacado se produce en algunos escritores, no siempre científicos ni autores de tales descubrimientos, como es el caso de Engels, una euforia similar.

Es más, los nuevos descubridores tienden, con frecuencia, a reducir toda la ciencia a su ciencia y a reducir toda interpretación válida de la realidad al punto de vista de su ciencia.

Pero lo que más me llama la atención es la fe ciega que Engels muestra en el progreso futuro de la ciencia (MEW, Bd. 22, 1970, p. 297; Bd. 20, 1971, p. 158). Por eso me pregunto qué tiene una tal fe de científico y si no le serán aplicables aquellas palabras de Ortega y Gasset con que califica de «utópica, irrealizable, pretenciosa y simplista», la actitud del racionalista ante la realidad «por cuanto espera fanáticamente, como el cuento popular refiere, que el mundo rectifique y, ya que no hoy, se comporte mañana según la razón. De aquí el futurismo, el utopismo, el radicalismo filosófico y político de los últimos tiempos» (Ortega y Gasset, 1975, pp. 106s).

Para Ortega y Gasset (1975, P. 37): «el espíritu revolucionario... es tan sólo un estadio de la órbita que recorre todo gran ciclo histórico. Le precede un alma racionalista y le sigue un alma mística, más exactamente, supersticiosa».

Este autor califica de «beatería científica» a ese culto idolátrico a los métodos preestablecidos de la ciencia y sus posibilidades pretendidamente ilimitadas (1975, p. 151). En una línea similar, K. Popper (1957,

trad. 1984, pp. 9 y 11-14) considera una «superstición» esa creencia científica de que el futuro de la historia se puede prever.

Como dice A. Toffler (1980, p. 20), «las predicciones sociales del futuro nunca son científicas ni se hallan exentas de subjetivismo, por muchos datos computarizados que se utilicen».

Es más, yo añadiría que no sólo no son científicos, sino que no pueden serlo, a no ser que se parta del presupuesto de que el ser humano carece de toda libertad y creatividad en las que radica lo imprevisible de su comportamiento.

Pero el hombre se resiste a mirar el futuro bajo el signo de lo imprevisible. Por eso recurre con frecuencia o bien a la Providencia divina o bien a las utopías o bien a la providencia científica o bien al Destino ciego para superar el miedo ante lo desconocido.

Actualmente, la ciencia se ha convertido en el mito supremo de muchos contemporáneos; y la ciencia, en cuanto encaja y se somete a la ideología marxista, es uno de los mitos básicos del creyente de ésta.

Para Engels y el Marxismo ortodoxo en general, toda verdadera ciencia *ha de ser* esencialmente dialéctica. La visión dialéctica de la Naturaleza y de la historia es un postulado, una creencia, que no admite discusión. Es la intuición básica en la visión del mundo de Marx y Engels. Tiene para éste un valor universal, pues es «un proceso fundamental, cuyo conocimiento agota el conocimiento integral de la Naturaleza».

La dialéctica es considerada como una ley objetiva. Engels dice que no quiere imponer las leyes de la dialéctica a la Naturaleza, sino hallarlas y hacerlas derivar de ella. Pero luego termina imponiéndolas dogmáticamente, igual que otros metafísicos, y llega a decir que la ciencia *debe* mostrar, cada vez más, el carácter dialéctico de los fenómenos de la Naturaleza, aún al empirista más recalcitrante. Ese deber lo imponen Engels y el Marxismo a los científicos. Recuérdese al respecto las censuras de los científicos en la URSS.

Una prueba de que no se trata tanto de descubrir objetivamente ese proceso dialéctico, cuanto de aceptarlo de antemano e imponerlo después, es el hecho de que el mismo Engels reconoce que la dialéctica de la Naturaleza se comprueba mejor si se acepta de antemano que si se busca empíricamente. Dice: «Se llega más fácilmente a lo mismo (a la concepción dialéctica de la Naturaleza) si se sale al encuentro del carácter dialéctico de esos hechos con la conciencia de las leyes del pensamiento dialéctico» (MEW, Bd. 20, 1971 pp. 11-14).

Por otra parte, Engels no disimula en absoluto la oposición entre su visión de la realidad y la del empirismo inglés. La razón es muy sencilla. El empirismo inglés es radicalmente antimetafísico y a nadie puede molestar más que a los metafísicos. La oposición irreconciliable que Engels ve respecto a él es un signo, entre otros muchos, del carácter metafísico de la dialéctica marxista. Pero ni Engels ni ningún otro teórico

marxista tolera que se les califique de metafísicos. Ellos se declaran también enemigos de toda metafísica y, consecuentemente, de toda religión. Saben que la metafísica es el primer paso, desde el punto de vista racional, hacia la religión.

No quieren ser ni metafísicos ni religiosos. Quieren ser científicos, lo que, para ellos, equivale a ser fieles creyentes en el materialismo dialéctico. Digo «creyentes en el materialismo dialéctico», aunque eso de «creyentes» tampoco les gusta. Sólo les agrada y reclaman para sí el calificativo de «científicos».

Si fuera verdad que esa visión dialéctica es realmente científica y base de la ciencia en general, como quieren los marxistas, ¿dónde están los argumentos que lo demuestran de forma innegable? Si los argumentos en que se apoya fuesen realmente demostrativos, científicos, nadie que los conociese los podría negar o ponerlos en duda. Todos seríamos marxistas con sólo conocerlos. No harían falta revoluciones violentas ni campos de concentración, ni hospitales psiquiátricos, ni ejércitos comunistas armados hasta los dientes, para propagar y defender esa ciencia. El Marxismo no sería una ideología más a la que podíamos adherirnos o no. No. Sería una ciencia estrictamente tal, que todos aceptaríamos con sólo conocerla, lo mismo que aceptamos el teorema de Pitágoras y la ley de la gravedad.

Pero no es así. El materialismo marxista es una metafísica más en la historia del saber humano, una nueva ideología en la que se puede creer o no, porque nadie puede demostrar su verdad de manera indiscutible e irrefutable. Por eso, es posible no ser marxista, incluso después de conocer a fondo esa dialéctica que predicán sus creyentes. Sin embargo, no es posible no ser pitagórico, una vez conocida la demostración del teorema de Pitágoras.

Pero el creyente marxista aún puede decir: quien diga que conoce esa dialéctica y, sin embargo, confiesa que no le convence, es que no la conoce en realidad. Pero en este caso surge un problema aún más grave en contra de la verdad de esa dialéctica: y es que muy pocos hombres son capaces de comprenderla.

Parece ser una verdad científica demasiado misteriosa para cuya comprensión se necesita una especie de divina inspiración, que sólo el creyente marxista posee. Y así se confirmaría una vez más aquello que ya dijo Engels: Se llega más fácil a comprenderla, si se la acepta de antemano; es decir, si primero se cree en ella (MEW, Bd. 20, 1971, p. 14).

Por tanto, la ciencia para el Marxismo es sólo un caparazón, una mera apariencia, que esconde tras de sí una metafísica y una nueva religión o conjunto de creencias.

Pero continuemos con la lectura de los textos cientifistas del Marxismo. Según Engels, las ciencias demuestran cada vez más el carácter dialéctico de la Naturaleza. «La Naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y preciso es decir que las ciencias modernas de la Naturale-

za han dado para tal prueba materiales sumamente ricos, cuya masa aumenta cada día, y han probado también cómo, en una última instancia, la Naturaleza procede dialécticamente y no de modo metafísico. No puede obtenerse una representación exacta del Universo, de su evolución y de la evolución humana, como del reflejo en el espíritu humano de semejante evolución, sino mediante la dialéctica» (MEW, Bd. 20, 1971, p. 22).

Es decir, a la ciencia no le queda otro camino, para progresar en el verdadero conocimiento de la Naturaleza, que el de la dialéctica, el de reconocer que la Naturaleza es esencialmente dialéctica.

Pero, según esto, aquellos científicos que hubiesen aceptado ese carácter dialéctico de la Naturaleza tendrían que haber progresado mucho más rápidamente que los demás, ya que sólo ellos estarían en el verdadero camino de la ciencia. Sin embargo, después de cien años de ciencia marxista, no se ven por ninguna parte esos progresos «extra» de los científicos marxistas.

De todos es bien sabido que los países comunistas importan ciencia y tecnología, toda la que pueden, de los países occidentales más avanzados. De todos es bien sabido que la ciencia de los científicos no marxistas occidentales no tiene nada que envidiar a la ciencia de los países comunistas. Y eso, a pesar de que no creen en la dialéctica de la Naturaleza.

Ante estos y otros muchos hechos cabe preguntar si la ciencia en los países comunistas progresa gracias a su creencia en la dialéctica o más bien a pesar de ella. ¿Por qué se persigue a los científicos que no aceptan esa creencia? Si no creen en el materialismo dialéctico, ¿cómo es posible que hayan llegado a ser tan destacados científicos dentro de un régimen comunista?

Sin embargo, Engels se empeña en mostrar que su materialismo dialéctico es la mejor síntesis de los progresos científicos; que no se trata de una filosofía interpuesta a las demás ciencias, sino de la ciencia misma. «El socialismo, con su concepción materialista de la historia y su revelación del misterio de la producción capitalista..., ha llegado a ser una ciencia» (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 24-26).

Pero no se conforma con decir que es una ciencia, sino que pretende para ella el carácter científico en exclusiva, la universalidad, la absolutez, la definitividad de los sistemas filosóficos alemanes que en otros textos tanto critica.

Acusa a Dühring de pretender ser el representante de la filosofía de su tiempo y de todo el desarrollo previsible de la misma, pues declara ser el verdadero filósofo del tiempo presente y del próximo porvenir; y quien se aparte de él se separa, por lo mismo, del camino de la verdad (MEW, Bd. 20, 1971, p. 27).

Dice irónicamente de Dühring que se trata de «un ser absolutamente extraordinario, que afirma no ser menos infalible que el Papa y cuya doctrina es la única que puede dar la felicidad, de tal suerte que es pre-



ciso adoptarla, si no se quiere caer en la más condenable de las herejías... El señor Dühring nos ofrece tesis que declara como verdades definitivas y sin apelación, respecto de las cuales toda otra opinión se considera previamente falsa. Como tal verdad definitiva posee de modo exclusivo el riguroso método científico; toda otra carece de valor científico... Cuando se está en posesión de la verdad definitiva y sin apelación, como del único método científico riguroso, es claro que se está henchido de desprecio para el resto de la Humanidad, sumida en el error» (MEW, Bd. 20, pp. 28s, 83, 303).

Leyendo textos como estos, de la impresión de que Engels es un demócrata de la ciencia, un espíritu abierto y dialogante, enemigo de todo dogmatismo. Pero no es así. Si le duele que el socialista Dühring pretenda para sus teorías la exclusiva de la científicidad y la posesión de la verdad, es porque esas mismas pretensiones las tiene él mismo para sus teorías marxistas. (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 11, 13, 24).

Marx, Engels y Lenin caen, con mayúscula, en la misma actitud dogmática, intransigente y cientifista de la que irónica y soezmente se acusa a Dühring. Son infinidad los textos que lo confirman. De momento, bastenos con leer este de Engels: «Lo que la democracia burguesa de 1848 no pudo realizar, precisamente porque fue burguesa y no proletaria... se realizará infaliblemente por el socialismo. Y ello significa la destrucción del militarismo y con él la de los ejércitos permanentes por una explosión desde el interior» (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 158s).

¿No suena esto a ironía viendo el militarismo de los países comunistas? ¿Dónde está la realización *infalible* que aquí profetiza Engels? ¿Es acaso este modo de profetizar un lenguaje que tiene algo que ver con las previsiones científicas? En la descripción del Paraíso Comunista se pueden ver otros muchos textos de este estilo, donde el teórico marxista pontifica como quien se considera un poseedor infalible de la verdad y del futuro de la Humanidad. A eso los marxistas lo llaman «ciencia» sin sentir rubor alguno.

Engels (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 28s. 84-86) se mofa de Dühring porque pretende ser infalible en sus teorías y, a renglón seguido, (p. 190) se apropia para sí mismo el mismo calificativo de «infalible» al profetizar las futuras realizaciones del Marxismo (MEW, Bd. 20, 1971, pp. 260-264).

Y es que, para Engels, «sólo siguiendo la senda dialéctica (es decir, la ideología del materialismo marxista)... podemos llegar a una concepción exacta del universo» (MEW, Bd. 19, 1969, p. 205).

Y a eso lo llama «ciencia», «visión científica», «actitud científica».

Por eso, como dice Morra (1976, trad. 1979, p. 80 y nota 5), «Engels —y después Lenin— intentó aducir el prestigio de las Ciencias Naturales como sostén de la autoridad de las teorías de Marx. La fe en la omnipotencia de las Ciencias Naturales se transfirió a la ciencia marxista de la economía y de la sociedad».

Lenin continuará esa labor de revestimiento científico de las teorías marxistas. Aunque ya para Marx y, sobre todo, para Engels, el materialismo marxista era tomado como una verdadera ciencia, Lenin defiende de manera abierta y desafiante esa científicidad. Su obra *Materialismo y empiriocriticismo* es toda una apología en ese sentido.

Defiende la identidad entre método dialéctico y método científico. El único buen método, la única filosofía justa de las Ciencias Naturales, es el materialismo dialéctico. (Lenin, XIV, p. 302). Es más, el método dialéctico es el único método científico. Se trata, por supuesto, del método dialéctico tal como Marx lo aplicó en su investigación y que luego desarrolló Engels (MEW, Bd. 23, 1971, p. 27).

El punto de vista marxista es el punto de vista científico (Lenin, XIV, p. 133). La verdadera ciencia no puede tener otro punto de vista que el del materialismo marxista. Por eso, se identifica teoría científica y teoría materialista del conocimiento (Lenin, XIV, p. 130); ideología marxista e ideología científica (Lenin, XIV, p. 127) por oposición a toda otra ideología, que termina siempre siendo religiosa o no científica.

Este proceso de identificación entre Marxismo y ciencia llega hasta el extremo de que, para Lenin, la «senda de la teoría de Marx» es la única que lleva a la verdad objetiva; la única, por tanto, científica. Todas las demás «llevan a la confusión y a la mentira» (Lenin, XIV, p. 134).

Si, para el cristiano, Cristo es el camino, la verdad y la vida. Para Lenin (y el creyente marxista en general), Marx es el camino, la verdad y la vida. El verdadero socialismo es el socialismo científico y socialismo científico sólo lo es el marxista. (Lenin, XIV, p. 229).

A lo largo de su obra, Lenin va exponiendo las creencias fundamentales e irrenunciables del materialismo marxista a la vez que hace ingentes esfuerzos para demostrar su científicidad, y la no científicidad de las creencias contrarias.

Recogeré aquí algunas de esas creencias o postulados, que constituyen la quintaesencia de este materialismo. Son creencias o postulados, porque no son principios evidentes ni tampoco demostrados. Son principios que incluso muchos marxistas ya han puesto en duda, razón por la que Lenin los calificó de «abjurios», «apóstatas», «reaccionarios», etc. (Lenin, XIV, p. 10).

(Continuará).